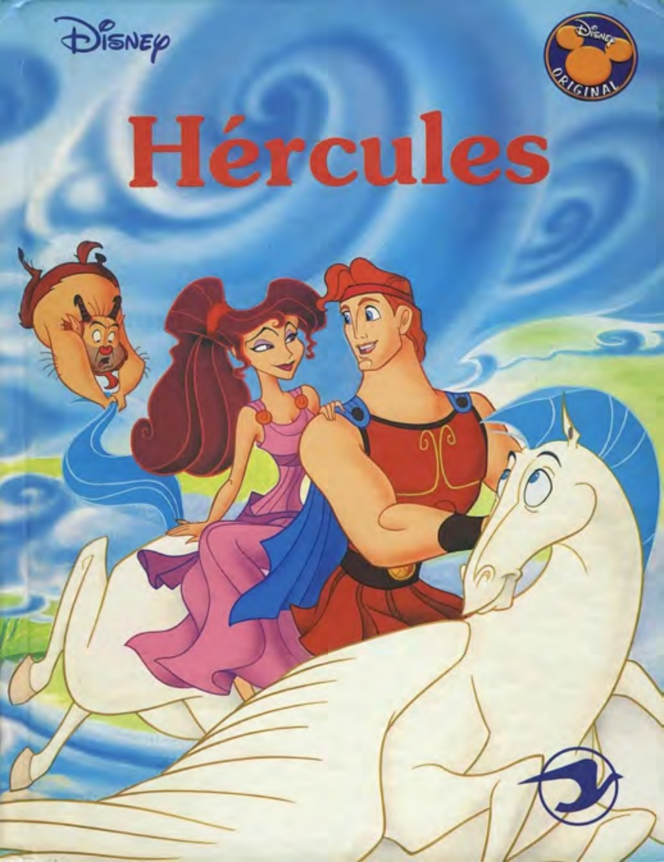

Disney
Disney
ORIGINAL
Hércules

Disney

# Hércules







*Somos las Musas y os vamos a contar*
*una fantástica historia de las de llorar.*

*Hace mucho tiempo, cuando el mundo nació,*
*unos horribles Titanes la gente temió.*
*Volcanes en erupción, tormentas, terremotos…*
*La tierra era un desastre. ¡Todos estaban como motos!*



*Entonces Zeus, el jefazo, envió a esos tipos al hoyo.
Transformar el caos en orden era su mayor escollo.
A cada dios y diosa un trabajo otorgó.
Y la gente tan agradecida: ¡nunca menos problemas vio!
Pero un día sucedió algo allá en lo alto,
que cambiaría la historia de un sobresalto…*



Los fuegos artificiales iluminaban el cielo sobre el Monte Olimpo para celebrar el nacimiento de Hércules, el hijo de Zeus y Hera. Estaba claro que no se trataba de un bebé cualquiera. Es cierto que era muy mono y mimoso, pero también increíblemente fuerte. ¡Podía levantar con facilidad a su poderoso padre por encima de su cabeza!



Todos los dioses olímpicos acudieron a la celebración y llevaron ricos presentes. Pero Zeus no podía ser menos: transformó varias nubes en un precioso caballito alado y se lo entregó al pequeño Hércules como regalo suyo y de Hera.

–Se llama Pegaso y es para ti, hijo –dijo Zeus sonriendo con satisfacción.



Mientras el pequeño Hércules jugaba con Pegaso, Hades, el dios del Inframundo, apareció de repente. Odiaba a Zeus por haberle puesto a cargo de un lugar oscuro, tenebroso y lleno de muertos. Pero, después de todo, Zeus era el jefe de Hades, y a éste no le quedaba más remedio que sonreír dulcemente y regalarle a Hércules un chupete… con forma de esqueleto.



Hades abandonó en seguida la fiesta del Olimpo y se encaminó al Inframundo. Su genio y sus cabellos se encendían de furia. Su mente maquinaba un plan: un día no muy lejano derrocaría a Zeus y gobernaría el Universo.
Cuando llegó al Inframundo, sus dos secuaces, Pena y Pánico, le comunicaron la llegada de las Arpías.



Las Arpías eran tres viejas horribles que podían ver el pasado, el presente y el futuro con un ojo que compartían entre ellas. Eran las encargadas de cortar el Hilo de la Vida de las personas y de enviarlas directamente al Inframundo cuando morían.



–Entonces, ¿va a chafar mi plan de apoderarme del Olimpo ese mocoso de Hércules o qué? –preguntó Hades con ira. Ellas se negaron a contestar y Hades recurrió a los halagos.
–¡Estáis divinas! –aduló a los tres arrugados vejestorios.
Las Arpías se ablandaron y le desvelaron que, transcurridos dieciocho años, cuando los planetas estuvieran perfectamente alineados, Hades podría derrocar a Zeus.
–Pero si Hércules lucha del lado de los dioses, fracasarás –añadieron.



De modo que Hades envió a Pena y Pánico a secuestrar a Hércules para llevarlo a la Tierra. Se suponía que debían darle a beber una poción especial que lo haría mortal. Después, podrían matarlo, tal como Hades les había ordenado.

Por suerte, una pareja interrumpió la hazaña diabólica de Pena y Pánico antes de que Hércules se bebiera toda la poción. Pero parte del mal se había consumado: el pequeño era mortal. Aunque Pena y Pánico no pudieron completar la tarea.

–¡Vaya, estupendo! –gimoteó Pánico–. ¡Hades nos matará cuando lo sepa!

–No lo hará, si no se entera… –sugirió Pena.



Ahora que Hércules era mortal, no podía regresar al Monte Olimpo. Zeus y Hera sólo podían contemplar con tristeza desde arriba cómo su hijo era adoptado por Anfitrión y Alcmena, la pareja que le había salvado.
Bajo la tutela de sus padres adoptivos, Hércules se convirtió en un fiel hijo adolescente. Intentaba utilizar su gran fuerza para ayudar, pero, desgraciadamente, no podía controlar esa fuerza y la gente huía de su lado.



Sin ir más lejos, un buen día, en el mercado, Hércules quería jugar al disco con unos chicos.
–Lo siento, Herc. Ya somos cinco y queremos ser un número impar –le dijeron, rechazándole torpemente.
Pero el impaciente Hércules corrió tras el disco, chocando con las columnas del mercado, que se vino abajo y quedó en ruinas.

Los ciudadanos ya habían aguantado bastante y le advirtieron a su padre que lo mantuviera alejado.
–Nunca encajaré en este lugar –se lamentaba Hércules.



Hércules sabía que debía haber algún lugar donde no se sintiera como un intruso. Les dijo a sus padres que tenía que descubrir sus orígenes. Ellos decidieron que había llegado el momento de enseñarle el medallón de oro que llevaba cuando le encontraron.

–Tiene grabado el símbolo de los dioses –explicó Alcmena.

Ahora Hércules sabía que debía comenzar la búsqueda en el templo de Zeus. Con gran tristeza, Hércules y sus padres adoptivos se despidieron.



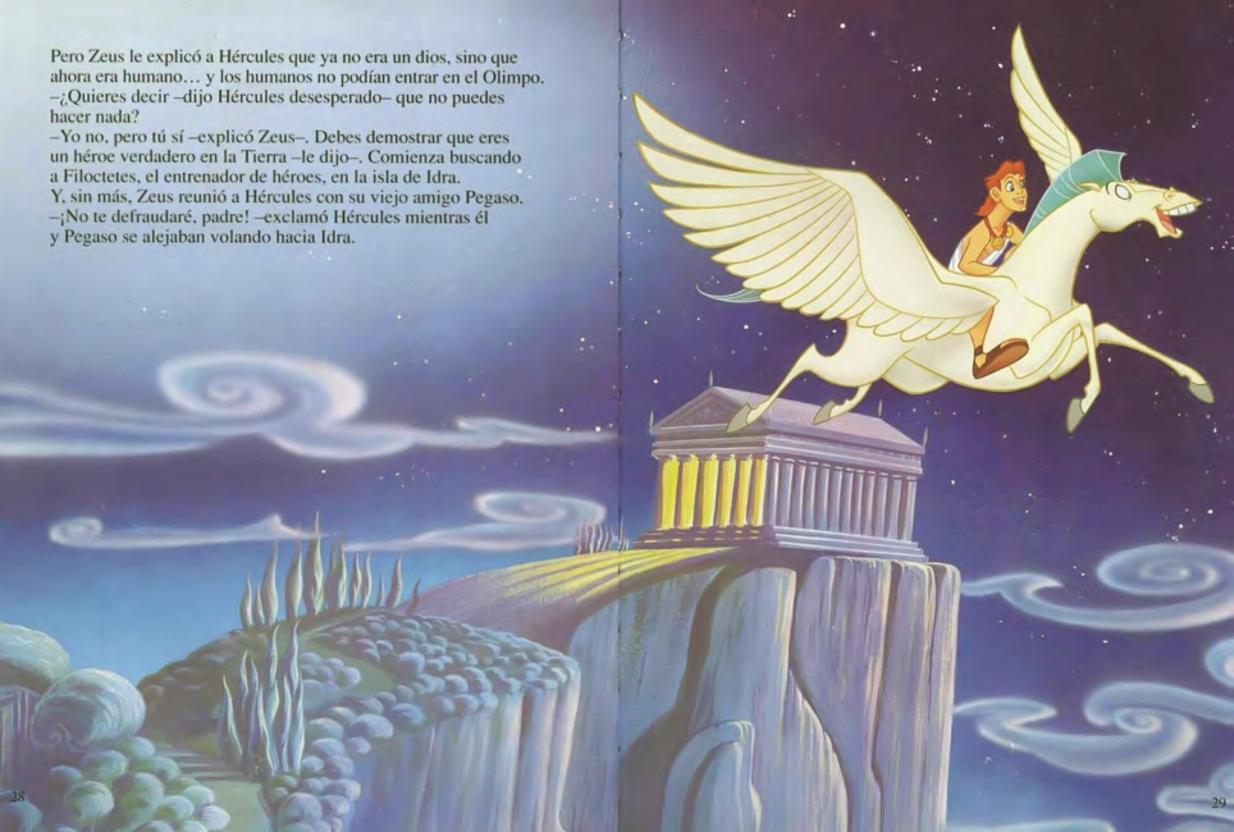
Ya en el templo, Hércules se arrodilló a orar ante la enorme estatua de Zeus, que cobró vida.

–¡Aaayyyy! –chilló Hércules, alejándose de la imagen gigante.

–¿Es así como saludas a tu padre? –le preguntó Zeus.

¡Hércules estaba confundido! Si Zeus era su padre… ¡entonces él debía de ser un dios!

Pero Zeus le explicó a Hércules que ya no era un dios, sino que ahora era humano… y los humanos no podían entrar en el Olimpo.
–¿Quieres decir –dijo Hércules desesperado– que no puedes hacer nada?
–Yo no, pero tú sí –explicó Zeus–. Debes demostrar que eres un héroe verdadero en la Tierra –le dijo–. Comienza buscando a Filoctetes, el entrenador de héroes, en la isla de Idra.
Y, sin más, Zeus reunió a Hércules con su viejo amigo Pegaso.
–¡No te defraudaré, padre! –exclamó Hércules mientras él y Pegaso se alejaban volando hacia Idra.





Hércules se sorprendió bastante al descubrir que Filoctetes era un pequeño sátiro de cuchufleta: una criatura mitad hombre, mitad cabra, con cuernos y todo. Hércules le contó a Fil su sueño de convertirse en héroe y solicitó la experta ayuda del entrenador.

–Yo también tuve un sueño en el que iba a entrenar al mayor héroe de todos los tiempos –declaró Fil–. Tan grande, que los dioses colgarían un retrato de él en las estrellas.

Fil continuó explicando que todos aquellos a los que había intentado ayudar le habían decepcionado.

–Los sueños son para los novatos –prosiguió–. ¡Sólo un novato puede aceptar tal desilusión!



Hércules trató de convencer a Fil de que él era especial haciendo alarde de su extraordinaria fuerza.

–¡Soy diferente de los otros! –insistió Hércules–. ¡Puedo conseguirlo! –E incluso le reveló que era el hijo de Zeus.

–¿Zeus? ¿El jefazo? –preguntó Fil con aire incrédulo–. ¿«Señor Relámpagos»?

Hércules le juró que era cierto, pero Fil continuó negándose a ayudarle… hasta que Zeus le envió un rayo.

–¡De acuerdo! –afirmó Fil más convencido–. ¡Tú ganas!



Fil comenzó el entrenamiento de Hércules muy en serio. Además de imponer al chico una disciplina de duros ejercicios, le enseñó varias técnicas de lucha. Le explicó cómo rescatar a una doncella en apuros, cómo concentrarse bajo gran presión y cómo apuntar a un blanco móvil. El entrenamiento continuó y el tiempo fue transcurriendo. Hércules pasó de ser un joven desgarbado a un gran atleta, dispuesto a demostrar sus habilidades.

–¡Ya estoy preparado! –exclamó Hércules–. ¡Quiero salir de esta isla, enfrentarme a monstruos y rescatar doncellas!

–De acuerdo, chico –aceptó Fil–. ¿Quieres un examen práctico? Nos vamos a Tebas.



Camino de Tebas se encontraron con Mégara, una joven muy bella y orgullosa que había caído en las garras de un corpulento centauro llamado Neso.
–Lárgate –contestó bruscamente Meg a Hércules cuando éste le ofreció su ayuda. Pero Hércules, impaciente por ganarse puntos de héroe, se enfrentó al centauro de todas formas.
Hércules venció, aun cuando su técnica de lucha no agradó demasiado a Fil.



Una vez eliminado Neso, Hércules trató de presentarse a Meg, pero se acobardó y no pudo pronunciar palabra. A Fil no le gustaba todo aquel interés que Hércules estaba mostrando por la chica. A Pegaso tampoco le fascinaba la muchacha. En realidad, estaba muy celoso.

–¡No te preocupes! –comentó Meg mientras se alejaba–. ¡Puedo atarme las sandalias yo solita! Adiós, fortachón.



Meg tuvo que explicar a Hades su encuentro con Hércules.
–¿Pero no estaba muerto? –gritó a sus secuaces.
–Por lo menos le hicimos mortal –tartamudearon Pena y Pánico.
Sin dudarlo, Hades ideó un plan para librarse de Hércules
de una vez por todas.



Entretanto, Hércules había llegado a Tebas, anunciándose con orgullo como el héroe que todos necesitaban. Sin embargo, los tebanos se rieron de él.

–Tendrás tu oportunidad –le tranquilizó Fil–. Lo único que necesitamos es alguna catástrofe.

Meg apareció en el momento justo.

–¡Hay dos niños atrapados por un desprendimiento de rocas! –gritó desesperada.

¡Había llegado la oportunidad!



Los ciudadanos se congregaron al borde del cañón para contemplar cómo Hércules levantaba un pedrusco inmenso sobre su cabeza y liberaba a los niños. Hércules esperó, pero muy pocos aplaudieron. ¡Los tebanos eran un público difícil! Los niños huyeron precipitadamente del cañón, y al llegar ante Hades… ¡se transformaron en Pena y Pánico! Momentos después, Fil y Hércules, todavía en el cañón, oyeron un extraño silbido.



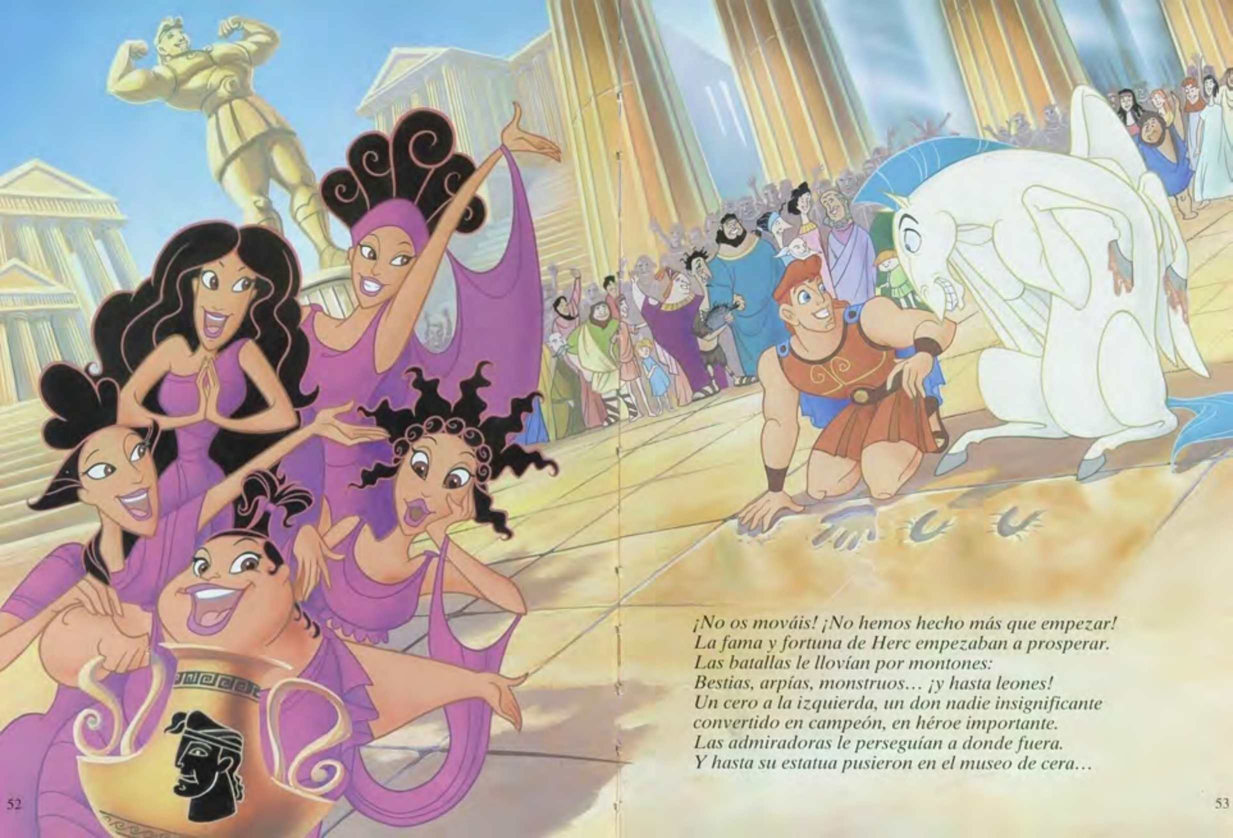
De pronto, estalló un relámpago, e Hidra, una gigantesca criatura parecida a un dragón, surgió del interior de una cueva. Fil corrió a esconderse mientras Hércules, blandiendo la espada, luchó con la bestia hasta que ésta lo lanzó al aire y lo engulló de un bocado. Sin dudarlo, Hércules abrió la garganta del monstruo con la espada y lo decapitó, haciendo rodar su cabeza por el suelo.



Pena y Pánico miraban nerviosos a Hades, pero el dios se mostraba extrañamente relajado.
Hidra no estaba muerta. Tres cabezas salieron retorciéndose de la herida del cuello. Hércules, a lomos de Pegaso, las cortó con su espada, pero cada vez que lo hacía… ¡se multiplicaban!
–¡No le cortes las cabezas! –le aconsejó Fil–. ¡No funciona!



Finalmente, la enorme criatura lo levantó con las garras y lo apretó contra un acantilado. Hércules golpeó la montaña con su puño, provocando una avalancha que lo sepultó a él y a Hidra bajo un gran montón de rocas. Ahora sí: ¡Hércules sorprendió a todos al emerger sano y salvo de las garras de Hidra!



*¡No os mováis! ¡No hemos hecho más que empezar!*
*La fama y fortuna de Herc empezaban a prosperar.*
*Las batallas le llovían por montones:*
*Bestias, arpías, monstruos… ¡y hasta leones!*
*Un cero a la izquierda, un don nadie insignificante*
*convertido en campeón, en héroe importante.*
*Las admiradoras le perseguían a donde fuera.*
*Y hasta su estatua pusieron en el museo de cera…*

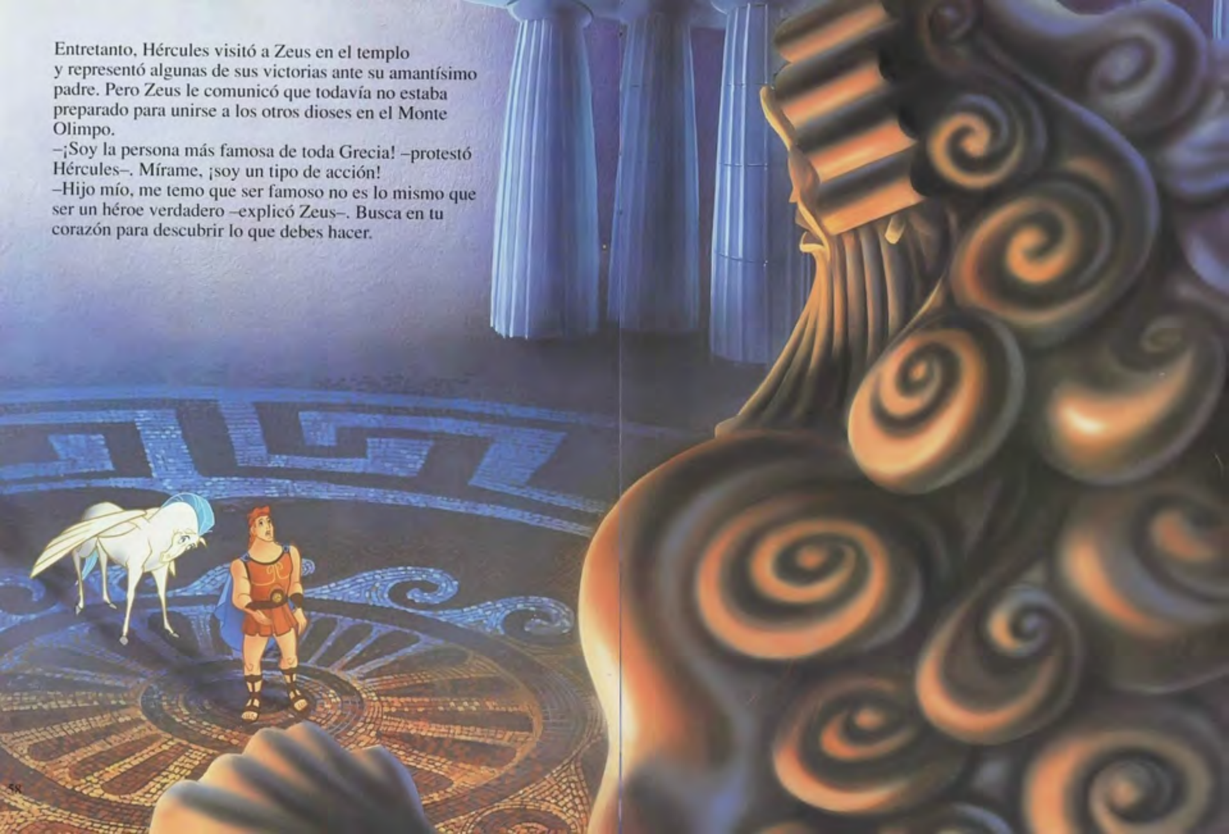


Ni siquiera Pena y Pánico pudieron resistir la moda Hércules que triunfaba en el reino. Durante una sesión de estrategia: «Cómo atrapar a Hércules», Hades observó que Pena llevaba un par de sandalias marca *Hércules,* y Pánico bebía de una lata de refresco energético llamado *Herculade.*

–Tengo veinticuatro horas para librarme de este tonto o el plan que llevo preparando desde hace dieciocho años se irá al garete… ¡Y, PARA COLMO, HABÉIS COMPRADO SUS PRODUCTOS! –exclamó Hades completamente indignado.



Hades sabía que Meg podía llegar hasta Hércules y descubrir cuál era su debilidad…, que luego utilizaría para destruirlo. Meg se negó a colaborar, pero como había hecho un trato con Hades por el que entregaba su libertad para salvar la vida de su ex novio, ahora debía hacer lo que él le pidiera. Para endulzar el trato, Hades le prometió liberarla si lograba su cometido.



Entretanto, Hércules visitó a Zeus en el templo y representó algunas de sus victorias ante su amantísimo padre. Pero Zeus le comunicó que todavía no estaba preparado para unirse a los otros dioses en el Monte Olimpo.

–¡Soy la persona más famosa de toda Grecia! –protestó Hércules–. Mírame, ¡soy un tipo de acción!

–Hijo mío, me temo que ser famoso no es lo mismo que ser un héroe verdadero –explicó Zeus–. Busca en tu corazón para descubrir lo que debes hacer.



Más tarde, de vuelta en la mansión del héroe, Fil repasaba la agenda del día.
–A mediodía tienes un almuerzo con las Hijas de la Revolución Griega…; a la una tienes una reunión con el rey Egeo…
–Todo esto no parece llevarme a ninguna parte –suspiró–. Nunca lograré llegar al Olimpo.
De pronto, un grupo de admiradores de Hércules entró en la habitación. Fil los detuvo. Pero una chica logró encontrarle. Hércules estaba maravillado: era Meg.

–Creo que te vendría bien un descanso –sugirió Meg–. ¿Crees que la cabra de tu niñera se enfadará si haces novillos esta tarde?

Hércules olvidó gustoso sus deberes de héroe y los dos se marcharon a pasar el día juntos. Meg se esforzó por descubrir la debilidad de Hércules, pero pronto se dio cuenta de que no tenía ninguna. Aunque se negara a admitirlo, Meg se había enamorado.





Fil estaba que echaba chispas cuando por fin los encontró.

–¡Basta ya! ¡Se acabó la fiesta! –le dijo bruscamente a Hércules–. ¡Ahora mismo irás al estadio, y allí vas a sufrir el mayor entrenamiento de tu vida! ¡Monta en ese caballo!

Hércules partió de mala gana, pero estaba tan embobado que ni siquiera se dio cuenta de que Fil se había caído del lomo de Pegaso.



Fil gruñía e intentaba liberarse de una zarza de espino cuando oyó unas voces a lo lejos. Espiando entre las ramas del arbusto, vio a Hades hablando con Meg. De pronto, comprendió que ésta trabajaba para Hades. Y, lo que era aún peor, Hades sabía que Hércules sí tenía una debilidad, y que esa debilidad era Meg.

–Estaba seguro de que esa chica causaría problemas –murmuró Fil mientras se apresuraba a contar la verdad a Hércules.



Fil encontró a Hércules en el estadio. El joven héroe no hacía más que hablar de lo maravillosa que era Meg.
–¿Acaso no es la chica más graciosa y encantadora que has conocido? –comentó Hércules.
–Claro que sí, pero también es un fraude –afirmó Fil–. ¡Te ha preparado una encerrona!
Hércules se enfureció y no quiso creerle.
–¡Confiaba en que llegarías a ser el mejor campeón de todos los tiempos..., y no el mayor tontorrón de todos los tiempos! –Fil le dejó solo para que meditara.



Mientras Fil y Hércules discutían, Pena y Pánico pusieron manos a la obra. Después de transformarse en una hermosísima yegua, comenzaron a hacer cabriolas ante Pegaso. Sucumbiendo a los encantos femeninos, Pegaso siguió a la falsa yegua hasta un granero cercano. Pero… ¡hablando de citas a ciegas…!, en cuestión de segundos, su amada se dividió en dos y de ella salieron Pena y Pánico. Los secuaces de Hades ataron a Pegaso y lo abandonaron allí, para que no pudiera ayudar a Hércules en caso de que lo necesitara.

Y Hércules sí que lo iba a necesitar, y muy pronto. A medida que los planetas se alineaban, Hades comenzaba a desesperarse. Acudió al estadio y le expuso su caso a Hércules. Intentó demostrar calma…, algo muy difícil para un tipo tan exaltado.

–Te estaría eternamente agradecido si te tomaras un día de descanso en tu agitada agenda de héroe –dijo Hades sin darle mayor importancia–. Los gigantes, los monstruos… los desastres naturales; todo puede esperar un día, ¿no crees?





Considerando el sufrimiento de la gente, Hércules se negó… hasta que Hades le mostró a Meg, que estaba a su lado. Ahora Hades estaba en condiciones de hacer un trato. Si Hércules renegaba de su fuerza durante un día, Hades prometía que Meg no sufriría daño alguno. Hércules aceptó. Más tarde, cuando hubo desaparecido su poder, Hades confesó que Meg había estado trabajando para él. Meg protestó, pero Pena y Pánico aportaron pruebas de que la joven le había llevado al cañón de Hidra. Débil y dolido, Hércules se enfrentó a la terrible verdad.



Cuando los planetas estuvieron alineados, Hades liberó a los Titanes de su prisión subterránea.

–¡Destruiremos a Hércules! –rugieron el Titán Roca, el Titán Volcán, el Titán Hielo, el Titán Tornado y el Cíclope de un solo ojo mientras salían del abismo.

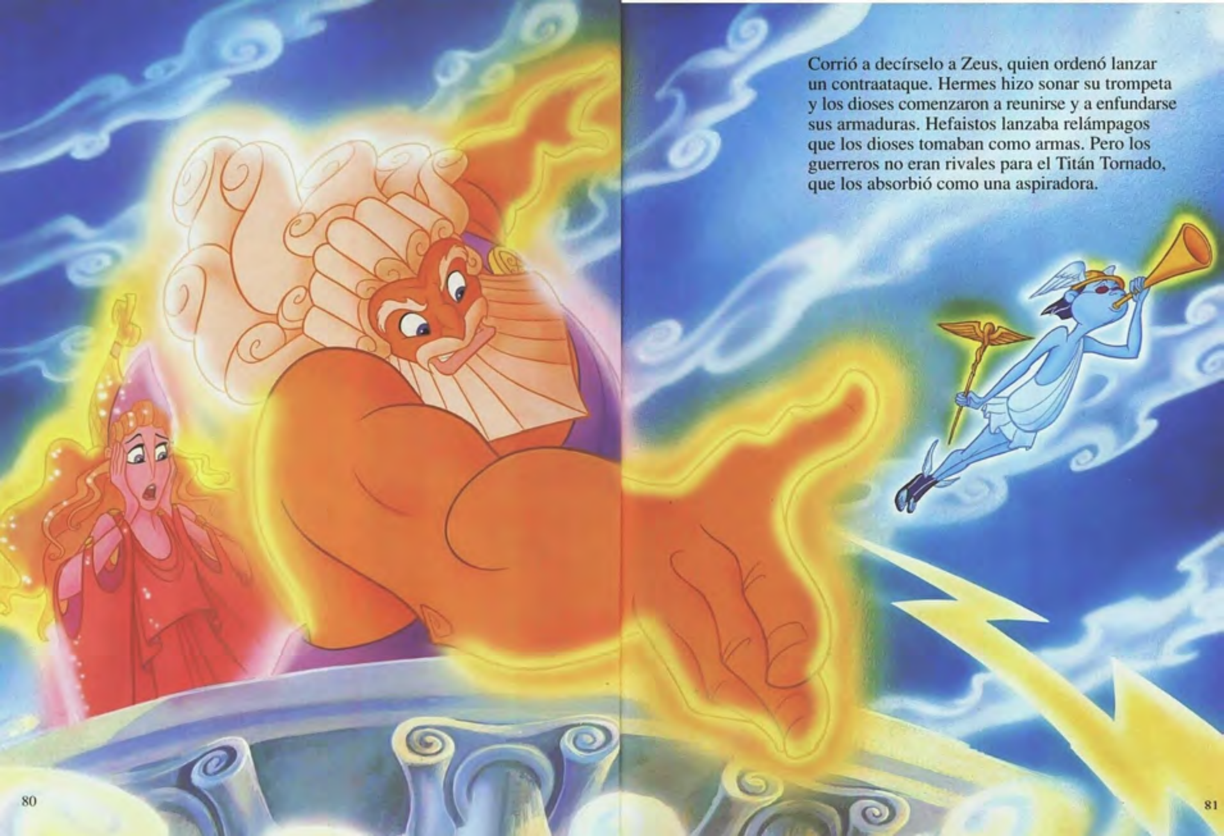
–¡Bien! –gritó Hades. Y, acto seguido, envió al Cíclope a Tebas para capturar a Hércules y derrotarlo.



Un ruido sordo despertó a Hermes, que estaba dormitando plácidamente en una nube. Sus ojos se abrieron como platos para contemplar una manada de furiosos Titanes que se aproximaba al Monte Olimpo.

–¡Aplastaremos a Zeus! ¡Le destruiremos! –rugían.

–¡Ajá! –musitó Hermes–. Tenemos un problema muy gordo.



Corrió a decírselo a Zeus, quien ordenó lanzar un contraataque. Hermes hizo sonar su trompeta y los dioses comenzaron a reunirse y a enfundarse sus armaduras. Hefaistos lanzaba relámpagos que los dioses tomaban como armas. Pero los guerreros no eran rivales para el Titán Tornado, que los absorbió como una aspiradora.



Entretanto, abajo, en la Tierra, las llamas arrasaban Tebas. La gente gritaba esperando que Hércules acudiera a salvarlos, mientras el Cíclope, desbocado, sembraba la destrucción a su paso. Aunque ya no estaba en posesión de su fuerza, Hércules se enfrentó al Cíclope, que lo pateó como a una piedrecita. Meg le suplicó que no luchara con el gigante, pero a Hércules ya no le importaba lo que le pudiera ocurrir.



Meg oyó un relincho familiar procedente de un granero cercano. Allí descubrió a Pegaso, que comenzó a bufar y forcejear al verla.
–¡Deja de moverte; Hércules está en peligro! –le decía mientras lo desataba.
Los dos partieron en busca de Fil. Meg estaba convencida de que sólo éste podía salvar a Hércules de la derrota.



Cuando lo encontraron, Fil estaba a punto de subir a bordo de un barco y abandonar Tebas.

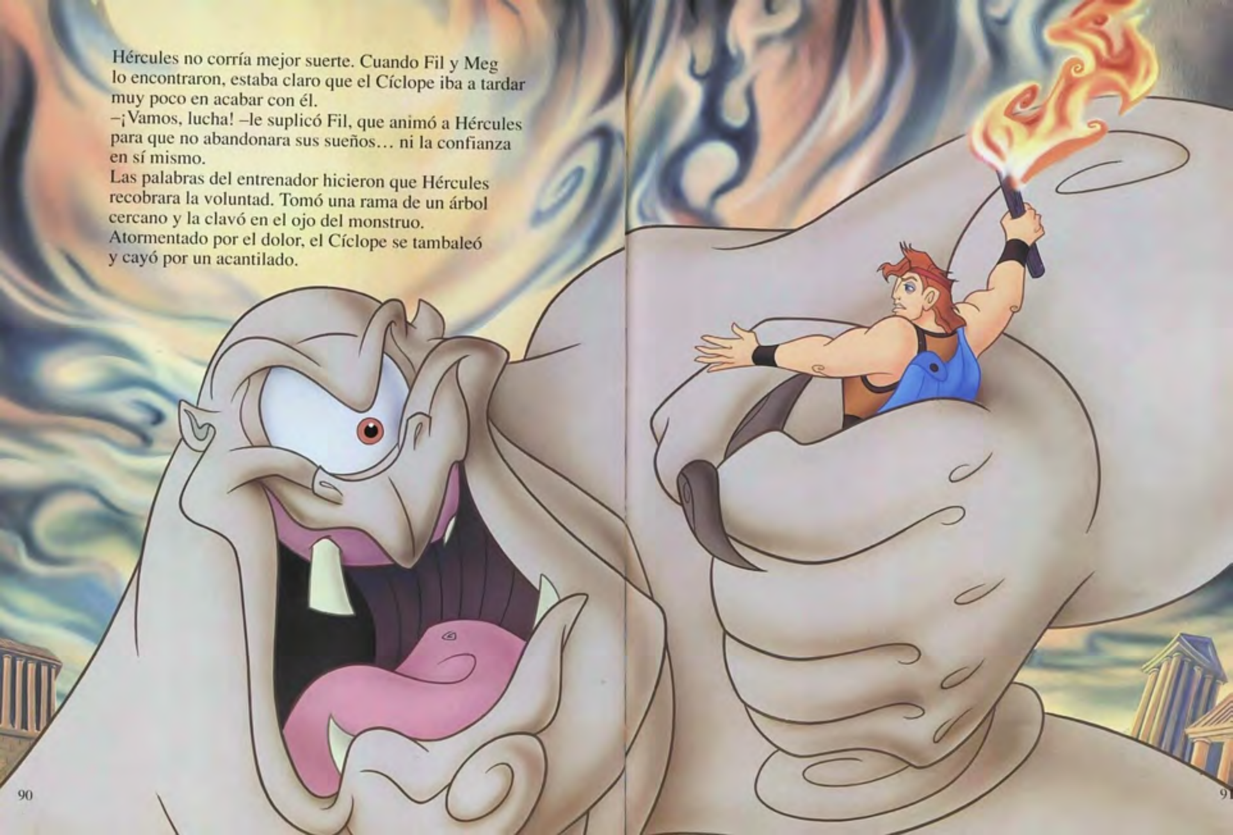
–Hércules nos dio algo que ambos habíamos perdido: ¡Esperanza! –le recordó Meg–. ¡Ahora él ha perdido esa esperanza! Si no le ayudas, ¡morirá! –al oír estas palabras, Fil accedió a regresar a la ciudad con ella.



En lo alto del Monte Olimpo, Zeus estaba en peligro. Todos los dioses habían sido capturados y se habían quedado sin rayos.

–¡Hades! –exclamó Zeus cuando apareció el dios del Inframundo–. Debería haber imaginado que estabas detrás de todo esto.

Entonces llegó el Titán Volcán y rodeó a Zeus con lava. Para completar el trabajo, el Titán Hielo enfrió la lava con su aliento. Zeus quedó atrapado en la roca, sin poder moverse.



Hércules no corría mejor suerte. Cuando Fil y Meg lo encontraron, estaba claro que el Cíclope iba a tardar muy poco en acabar con él.
–¡Vamos, lucha! –le suplicó Fil, que animó a Hércules para que no abandonara sus sueños… ni la confianza en sí mismo.
Las palabras del entrenador hicieron que Hércules recobrara la voluntad. Tomó una rama de un árbol cercano y la clavó en el ojo del monstruo. Atormentado por el dolor, el Cíclope se tambaleó y cayó por un acantilado.



En ese preciso instante, una columna empezó a derrumbarse sobre Hércules. Meg le apartó de un empujón, y quedó atrapada. Cuando nuestro héroe intentó mover la columna, recuperó la fuerza.
–El trato de Hades se ha roto. Prometió que yo no sufriría daño alguno. Debes ir al Olimpo y detenerle –explicó Meg. Hércules partió, pero no sin que antes Meg hubiera reconocido que le amaba.



Hércules se abalanzó sobre el Monte Olimpo y rompió las cadenas que ataban a los dioses. Después, con sus manos desnudas, desgarró la lava que aprisionaba a Zeus. Hefaistos se apresuraba a forjar un nuevo arsenal de rayos y los dioses volvieron al ataque. Cuando los planetas dejaron de estar alineados, Zeus y Hércules unieron sus fuerzas. Hércules lanzó a algunos Titanes al espacio, mientras que su padre condenó a los otros al olvido con sus relámpagos.

Al conocer el fracaso de su plan, Hades inició la retirada.
–Muchas gracias, fortachón… –masculló Hades–. Pero todavía me queda un estupendo premio de consolación: una amiga tuya que se muere por verme.
Hércules comprendió horrorizado que Hades se refería a Meg.





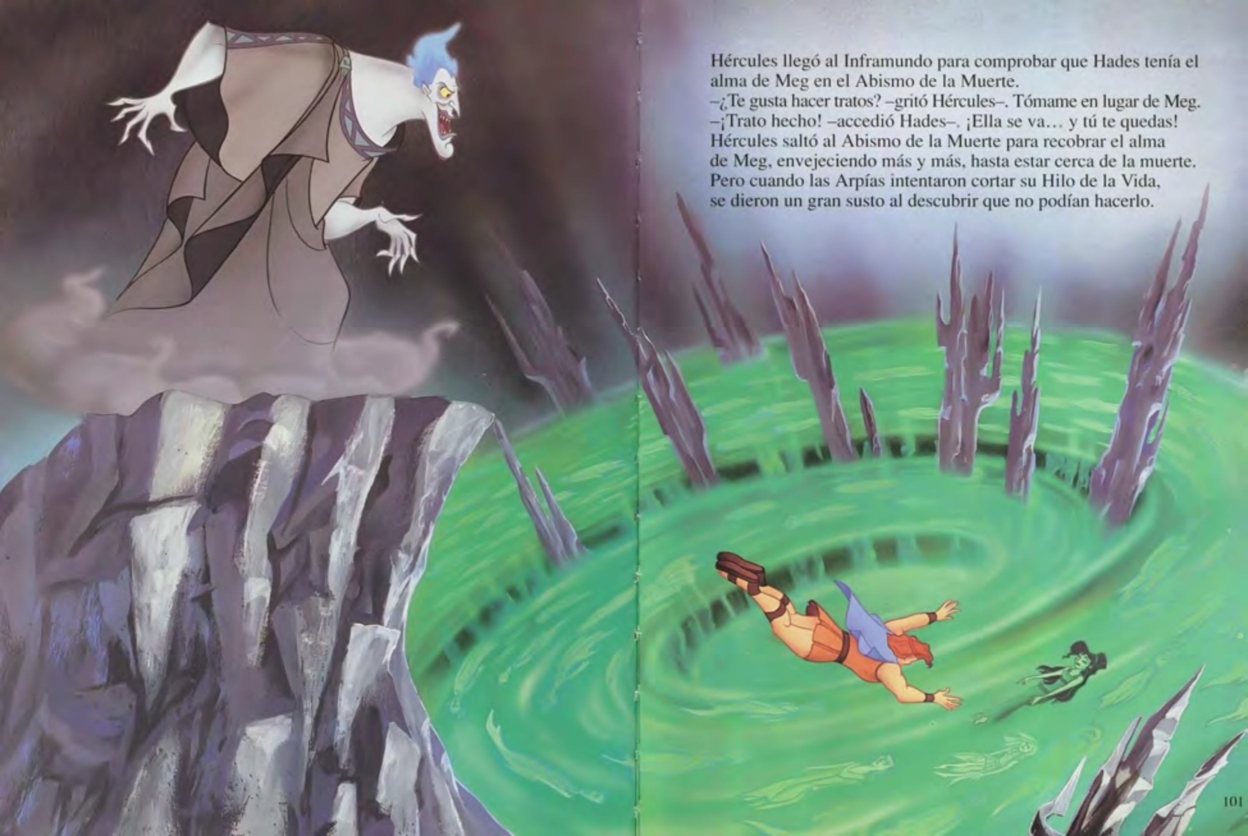
Hércules corrió a su lado, pero era demasiado tarde. Las Arpías ya habían cortado el Hilo de la Vida de Meg.

–¡Esto nunca debió haber ocurrido! –gritó Hércules angustiado.

–Lo siento, chico –replicó Fil–. Pero hay algunas cosas que no puedes cambiar.

Una misteriosa determinación iluminó el rostro de Hércules.

–Claro que puedo –contestó, mientras una vez más montaba a lomos de Pegaso.



Hércules llegó al Inframundo para comprobar que Hades tenía el alma de Meg en el Abismo de la Muerte.
–¿Te gusta hacer tratos? –gritó Hércules–. Tómame en lugar de Meg.
–¡Trato hecho! –accedió Hades–. ¡Ella se va… y tú te quedas!
Hércules saltó al Abismo de la Muerte para recobrar el alma de Meg, envejeciendo más y más, hasta estar cerca de la muerte. Pero cuando las Arpías intentaron cortar su Hilo de la Vida, se dieron un gran susto al descubrir que no podían hacerlo.



–¡Imposible! –exclamó Hades–. ¡No puedes estar vivo! Para estar vivo, tendrías que ser un…

–¿Un dios? –Pena y Pánico acabaron la frase.

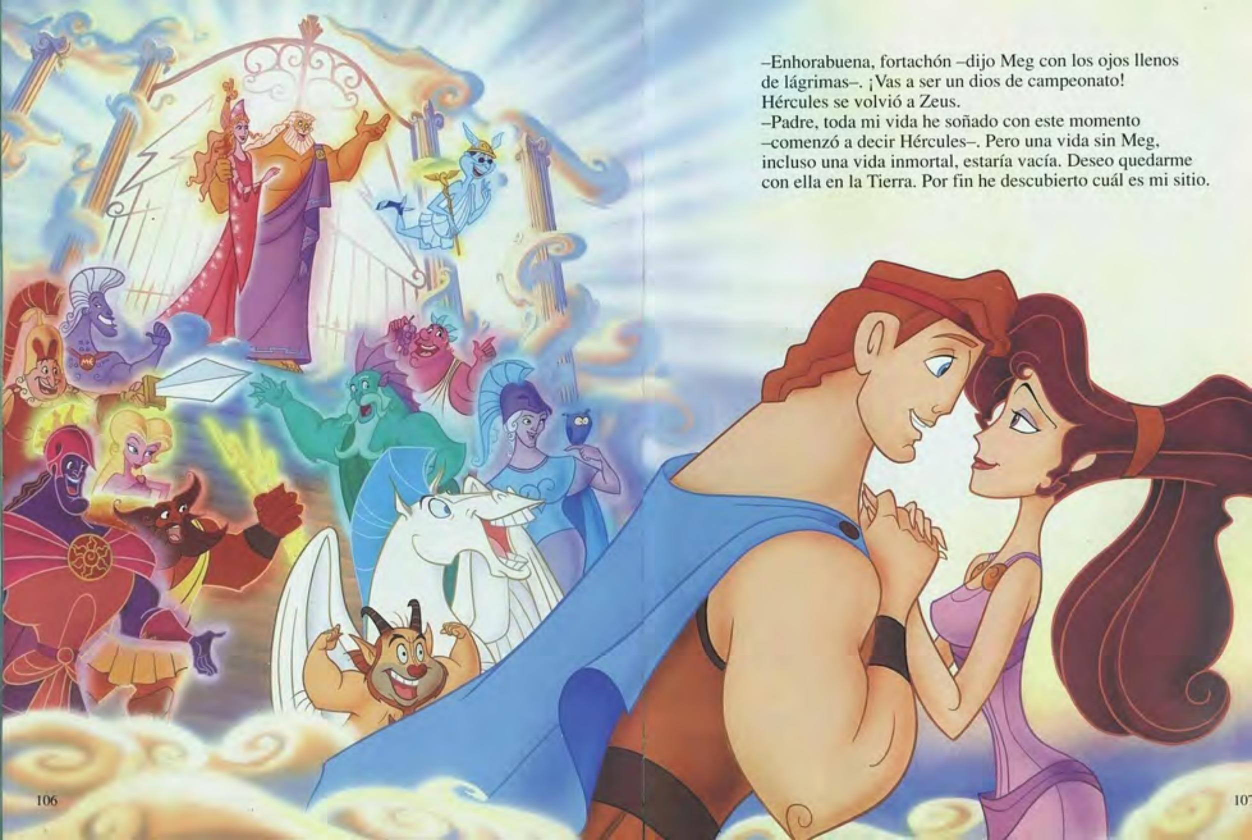
Mientras Hércules sacaba a Meg del abismo, Hades trató de arreglar la situación. ¡Cómo se había equivocado! Pero, de un puñetazo, Hércules envió a Hades al Abismo de la Muerte. Los espíritus de los muertos envolvieron al Señor del Inframundo y lo arrastraron a su universo fantasmal.



Hércules devolvió el espíritu de Meg a su cuerpo. Sus ojos pestañearon y se abrieron al unirse cuerpo y alma. ¡Estaba viva! Hércules y Meg se fundieron en un abrazo mientras Zeus los elevaba sobre una nube hasta el Monte Olimpo.

–Un héroe verdadero no se mide por el tamaño de su fuerza, sino por la fuerza de su corazón –proclamó Zeus.

El resto de los dioses daba la bienvenida a Hércules.



–Enhorabuena, fortachón –dijo Meg con los ojos llenos de lágrimas–. ¡Vas a ser un dios de campeonato!

Hércules se volvió a Zeus.

–Padre, toda mi vida he soñado con este momento –comenzó a decir Hércules–. Pero una vida sin Meg, incluso una vida inmortal, estaría vacía. Deseo quedarme con ella en la Tierra. Por fin he descubierto cuál es mi sitio.



Aunque lo iba a echar de menos, Zeus sabía que Hércules al fin había encontrado la felicidad. Se despidió y contempló cómo su querido hijo regresaba a la Tierra para ser recibido como un héroe. Allí, aplaudiendo entre la multitud, estaban Alcmena y Anfitrión, los otros orgullosos padres de Hércules.



Y entonces, alguien señaló al cielo y todos contemplaron maravillados la constelación especial que Zeus había creado en honor de Hércules.

*Y así acaba la historia... llena de amor y palabras bellas.*
*En el cielo y en la tierra, Hércules era ahora una estrella.*
*Nuestro amigo Filoctetes halló un joven de valía*
*cuyo retrato los dioses iluminaron... ¡Vaya! ¡Menudo día!*




Edición adaptada de la película *Hercules*, original de Walt Disney Pictures.
Música de las canciones de Alan Menken, letra de David Zippel.
Banda sonora de Alan Menken.
Producida por Alice Dewey, John Musker y Ron Clements
Dirigida por John Musker y Ron Clements

1997 EDICIONES GAVIOTA, S. L.
Manuel Tovar, 8
28034 MADRID (España)

ISBN: 84-392-8452-7

Depósito Legal: LE. 1028-1997
*Printed in Spain* - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S. L.

# Los Clásicos Disney



Merlín el Encantador • Pinocho • Peter Pan
Alicia en el País de las Maravillas
El Libro de la Selva • Donald y sus amigos
Basil, el ratón superdetective
Tarón y el caldero mágico • La Cenicienta
Dumbo • La Bella durmiente • Bambi
Blancanieves • Los Aristogatos • 101 Dálmatas
La Dama y el Vagabundo • La Navidad de Mickey
Robin Hood • El osito Winnie • Tod y Toby
Los Rescatadores • Oliver y su pandilla
La sirenita • Los Rescatadores en Cangurolandia
El príncipe y el mendigo • La Bella y la Bestia
Aladdín • El Rey León • El regreso de Yafar
Pocahontas • El jorobado de Notre Dame
Goofy e hijo • Hércules

Ediciones Gaviota

ISBN 84-392-8452-7
05100
9 788439 284529